

## EDITORIAL

Los políticos tienden a señalar en sus discursos que la educación es la primera prioridad en el desarrollo de un país. Sin embargo, si analizamos los diarios del año 2000 encontraremos muchas situaciones que evidencian los problemas que la afectan y parecieran mostrar lo contrario.

Uno de ellos ha sido el problema del pase escolar. Un estudiante murió a causa de él. En ese momento, un empresario de microbuses afirmó ante los medios de comunicación que ellos no están obligados a proporcionarlo. En suma, para él, no se trata de un derecho sino de un beneficio que los dueños de microbuses entregan a los alumnos, sólo por buena voluntad.

Analizar esta situación nos lleva a encontrarnos por una serie de principios que están comprometidos en ella y nos entregan indicios sobre nuestra cultura. El primero de ellos es el concepto de ley y beneficio. Pareciera propio de nuestra cultura el hacer lo que está reglamentado por ley. De manera que si la ley no obliga a hacer algo, no se hace, a menos que una "tincada" dicte lo contrario. Esta es, por cierto, la actitud general de los choferes hacia los alumnos. Si la micro va vacía, recogen alumnos; si está más o menos completa, tendrán que quedarse esperando la voluntad de otro chofer para llevarlos a la escuela.

El problema aquí es claro: no existe una adecuada educación cívica en nuestro país. Más bien, existe la idea de que la educación es una cuestión de ministerio y de escuela y no del país, es decir, de todos. Por muchos años, los profesores y el ministerio han sido considerados como las únicas autoridades y entendidos de la educación. Esto ha llevado a que se haya dejado afuera de la participación en la formación a los demás actores sociales, como si ellos no tuvieran nada que decir. De esta forma, la escuela llega a ser una institución que queda fuera de la sociedad, como algo separado del resto de la realidad humana y social: una entidad en sí misma. Esto permite entender por qué ella ha llegado a considerar sus problemas como algo interno, quedando apartada de lo que ocurre fuera de sus límites territoriales.

No obstante, educar no es simplemente una tarea de los profesores y de la escuela, sino de todos. De ahí que nuestra sociedad pareciera necesitar una reflexión a fondo sobre su rol educativo en el siglo XXI. Esto supone hacerse cargo del hecho concreto de que mientras en la escuela el número de alumnos aumenta y la deserción es cada vez más baja; los crímenes, asaltos y la falta de seguridad parecieran aumentar. Cabe preguntar entonces, qué ciudadanos está formando la escuela, la familia y la sociedad en general. Esto pareciera una señal de alerta que llama a concentrar el quehacer de la escuela sobre la realidad en que vivimos y a abandonar programas teóricamente muy racionales, pero en la práctica ajenos a los intereses y necesidades de los niños y

jóvenes de nuestro país.

Aunque la consecuencia de aquel hecho ha sido la muerte de una persona, la reacción por parte de las autoridades y los ciudadanos mismos ha sido mínima. Nada extraño en una comunidad que ha permanecido ajena a las estructuras globales para el mejoramiento de un país, en el cual todo debiera moverse de manera más armónica y participativa. ¿Acaso el neoliberalismo está socavando el sentir chileno?. De hecho, este incidente no es sino un claro ejemplo del individualismo extremo que está impregnando a las relaciones entre los chilenos; sin que, lamentablemente, aún puedan advertirse sus reales efectos.

Nada menos podría esperarse cuando la enseñanza es restringida a entregar conocimientos y el educar para la vida parece una consigna aún lejana. Y no es de extrañar. En general, todos hablamos de valores, pero de manera abstracta, sin una inferencia a la realidad en que vivimos. Seguramente uno de los desafíos al que tendremos que enfrentarnos guarde relación con la necesidad de redefinir el concepto de cultura. Continuar creyendo que es un rasgo privativo de quienes pueden ser llamados cultos y refinados, no es sino seguir desconociendo que ella constituye una experiencia, algo vivido que comparten cada uno de los miembros de una comunidad y que determina un sistema de valores y actitudes en que basan sus relaciones.

Quizá si con mucho éste sea el gran desafío a que estamos convocados todos los actores sociales. Hacernos cargo de él es parte de lo que esta publicación intenta.

**George Serracino Calamatta**  
**Docente**  
**Departamento de Formación Pedagógica**  
**Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE)**